

PRESENCIA DEL MISTERIO

*Comunicación del académico Jorge Emilio Gallardo,
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 22 de junio de 2005*

PRESENCIA DEL MISTERIO

Por el Académico JORGE EMILIO GALLARDO

Exordio

Compartiré hoy con ustedes instancias que podría denominar gnoseológicas porque se refieren a modos de revelación y de conocimiento, si bien no habituales, salvo en el dominio particular de la antropología cultural. También porque se refieren a algunos de nuestros hábitos mentales.

Hace treinta años mi obligación laboral consistió en tratar con protagonistas del mundo político latinoamericano y en sintetizar las respectivas situaciones por escrito, muchas veces con urgencia, según la necesidad periodística de cada caso. Esas entrevistas en sedes partidarias oficialistas u opositoras, en palacios de gobierno, en embajadas o en redacciones de diarios y de agencias de noticias nada reflejaban acerca de la vida de los gobernados. En ocasiones electorales, los fervores de las multitudes tampoco eran reveladores de esencias, sino sólo de preferencias tornadizas.

Una imprevista apetencia, entonces, hizo su aparición: ella conducía al viajero, en las horas libres, a conocer la verdad de la gente común en las calles y en las comarcas marginales, ya fuese en el páramo o en el trópico. Allí sí era posible asomarse a las preferencias populares, a la casuística del sufrimiento físico y moral, al folklore, a la culinaria, a las tendencias políticas nuevas o heredadas, al vestuario, a la lengua, a las artes simples, a las creencias, a las variantes religiosas sincréticas, a la medicina natural, a los modos de supervivencia. Ello constituyó, sin buscarlo, un auténtico *trabajo de campo* prolongado por años, revelador y apropiado para establecer comparaciones de orden cultural y para

mejor observar la frecuente distancia entre el mundo de los ciudadanos cultivados y las necesidades de las mayorías.

La frecuentación de comunidades materialmente humildes y ricas en lo espiritual fue complementada con el acopio de bibliografía en muchos casos ya entonces difícil de hallar en los países de origen, pues faltaban muchos años para que llegasen a librerías y bibliotecas segundas ediciones de aquellas obras clásicas de antropología, historiografía, geografía humana, política, sociología, literatura, folklore.

El trato con instituciones y con estudiosos vivientes y sucesores de aquella primera generación de investigadores y la pertinacia de años en librerías de viejo en ciudades de la América continental y el Caribe permitió integrar la bibliografía apropiada, mientras los autores más recientes preparaban una nueva y feliz etapa de investigaciones y publicaciones.

* * *

He manifestado alguna vez el ideal de estar “delante de los anteojos”, opuesto al de permanecer simplemente “detrás” de esos cristales, para significar nuestra posibilidad de descubrir el mundo todos los días, en todos los momentos, más allá de las enseñanzas formales recibidas y sin dejar nunca de ser un aprendiz. Es que resulta posible descubrir aspectos del mundo más allá de lo aprendido en el hogar y en las escuelas, colegios, bibliotecas y universidades, y por medio de una experiencia personal, una indagación fenomenológica fértil en materias propias de las ciencias morales, humanas, sociales.

Lanzado a la aventura de conocer, y tras salvar algunos prejuicios limitativos, se inaugura para el viajero el libre juego conceptual de preferencias y rechazos y comienza a actuar el abanico o juego de cartas del *alea* capaz de persuadirnos de unas realidades al tiempo que nos disuade de otras. La vivencia folklórica proporciona la fruición exótica de un saber y de un sabor irremplazables, seguramente un apropiado esquema teórico para investigar por fuera de la sola bibliografía. Pero es necesario sortear el deslumbramiento exótico para hallar en todos los hombres a nuestro semejante.

Demos un solo ejemplo, anotado con sagacidad por Alejo Carpentier: ciertas coreografías rituales que podríamos juzgar sólo por su eventual estética revelan, bien vistas, el valor cósmico de un remedo de la marcha de los astros.

Las revelaciones directas del mundo, sus parciales descripciones, nos enseñan tanto sobre nosotros mismos que es explicable que, siglo tras siglo, intereses conjugados hayan vetado manifestaciones sociales tanto como libros y que hasta fuese prohibido leer, de lo que existe alguna significativa constancia en nuestro período colonial: Probst menciona el caso de un esclavo azotado por aprender a escondidas las primeras letras.

Este campo de observación se encuentra al alcance de la mano, pues también el hombre urbano que somos pertenece a una u otra etnia, colectividad, gremio, religión, cofradía o sector político. El distinguido médico español Juan Cuatrecasas, que residió en nuestro país y a quien visité en su casa, se atrevió a una valiente definición: dijo que el hombre primitivo todavía habita en nuestro cráneo.

“Delante de nuestros anteojos”, pues, se abre el teatro de operaciones del hombre, nuestro semejante a veces muy diverso de nosotros y en distintos grados de desarrollo cultural, del cual los estudiosos europeos han extraído ejemplos ilustrativos.

Otro fue el caso de Durkheim, quien no hizo *trabajo de campo* sino intentó reconstruir la aventura religiosa del hombre a partir de bibliografía referente a los pueblos australianos. Tampoco su sobrino Marcel Mauss necesitó ir al desierto o a la selva para concebir algunas de las más lúcidas interpretaciones del dato etnográfico. Pero éstas fueron excepciones.

Al iniciar una cátedra en la Sorbona, Claude Lévi-Strauss declaró que desde ella daría testimonio de cuanto había aprendido de los pueblos llamados salvajes. “Que mis primeras palabras -dijesean para esos salvajes cuya oscura pertinacia nos ofrece aun el medio de asignar a los hechos humanos sus verdaderas dimensiones, y con quienes he contraído una deuda de honor. Mi retribución consiste en continuar mostrándome tal cual fui entre ellos: su discípulo y su testigo”.

Las aproximaciones a una cabal antropología cultural nos instalan ante un mosaico de disciplinas -filosofía, religión, lingüística, psicología, ciencias naturales- que recíprocamente se

complementan o se superponen, y es gratificante advertir que Roger Caillois, a mitad de camino entre las ciencias naturales y la reflexión literaria, imaginó posibles ciencias a las que llamó *diagonales*, destinadas a quebrar el aislamiento entre las especialidades.

El presente bosquejo de una muy informal pragmática del conocimiento -que por cierto no menciono como un ideal- está lejos de las preceptivas y hasta puede recordarnos aspectos de la curiosa filosofía personal de Borges, quien declaró buenamente que no pretendía comprender las cosas, sino se limitaba a asombrarse de ellas. Parecería un caso extremo, muy distante de las puntillosas definiciones desde Aristóteles hasta Merleau-Ponty sobre nuestros modos de conocer. Pero no es necesario llegar tan lejos de la racionalidad: aceptemos las posibles ventajas de creer que alcanzamos a comprender algunas cosas, aunque sea “desde detrás” de los anteojos y muy sobre todo si es “delante” de ellos.

Al expresarles esto, señores, soy fiel a experiencias personales y ajenas a la abstracción metafísica, como muy lejanas del objeto de las ciencias duras, pero estoy persuadido de que estas limitaciones favorecieron en cambio una aproximación innata al campo de lo irracional: me refiero a una difusa preferencia personal por las expresiones de las artes y a un decidido interés por los fenómenos religiosos.

Arte y religión, ustedes lo saben, pertenecen al dominio de la emotividad subjetiva; más a la hormona que a la neurona. Se ha comprobado, también lo saben ustedes, que individuos intelectualmente disminuidos suelen estar favorablemente preparados para el ejercicio musical, por ejemplo, como los literatos suelen entenderse mal con las cifras, y este género de compensaciones -o equilibrios de desequilibrios- dibujan constantes psicológicas muy reveladoras.

Parecería más confortable que en un ámbito académico nos remitiésemos a bienes culturales ya patentados por la civilización y pertrechados contra los vientos experimentales. Cada vez más precisas, las ciencias duras parecen decir una y otra vez la última palabra, y la versión final del genoma nos hará suponer que ya no existen secretos acerca de nuestra configuración genética. Persistirá, sin embargo, el ámbito del claroscuro sugerido por los factores del misterio: datos psíquicos, sueños simbólicos, sueños

psicoanalíticos, intuiciones como la del ojo clínico del médico, profecías y milagros (comunes a toda confesión, y en ocasiones ajenos al marco de las religiones organizadas), el campo de la fe, el de las convicciones, el de las emociones.

Y es que a ciertos espíritus pareciera interesarles menos la certidumbre de lo ya etiquetado que la experiencia sin fin de los cruces de culturas, donde los hallazgos personales y las nociones nuevas pueden alcanzar comprensiones renovadas de fenómenos antiguos y hasta inesperadas emociones estéticas. Un margen de intrepidez se diría necesario para afrontar la emoción de descubrimientos ajenos a la seguridad de los paradigmas, y por cierto enriquecedores de éstos.

Sería injustificable que en la parcial bonanza de que goza la libertad de pensamiento tras centurias de autoritarismo no ensayásemos experiencias de conocimiento que durante siglos fueron en Occidente cauterizadas por prohibiciones y anatemas destinados a incinerar, literalmente y en nombre de lo más alto, ideas, escritos, cuerpos y almas, fronteras físicas del pensamiento, de las ideas vivas, de la libre práctica religiosa, de la libertad del espíritu.

En la vida, con sus duras pruebas, caben las sorpresas y emociones del investigador, las fronteras entre el saber heredado y los gérmenes de nociones ocultas o mal conocidas. Podríamos afirmar que todo laboratorio es un templo, y a la inversa, porque de esa sacralidad participan las experiencias diarias en el consultorio del médico o del psicólogo, el estudio del filósofo y el penalista, el laboratorio del biólogo, del físico o del químico, todos ellos parcialmente sucesores del alquimista por aquello de que “la magia es la madre de las ciencias”. La sorpresa también puede surgir, como tantos hallazgos de la ciencia, de cualquier ocasión o rincón, de cualquier experiencia inducida o fortuita, o de un archivo de documentos antiguos donde nos aguardan verdades nuevas. El mayor templo es, no obstante, la propia Naturaleza -nuestra segura *mater certa*- y, con ella, las formas que adoptan civilizaciones y culturas más allá de lo que nos es habitual. Acaso la virtud de cada templo religioso consista en que reproduce, en un espacio arquitectónico, el esplendor y el secreto de la selva sagrada.

Así visto, ese laboratorio que puede ser también el hogar, la calle, una ruta, selva, desierto, iglesia, archivo, rancho, biblioteca,

oficia como templo capaz de hacernos salir de la cáscara de lo pasivamente aprendido, transmutarnos de larva en crisálida y si es posible en adulto mediante una auténtica evolución del conocimiento.

“Me descifras, o te devoro”

Cuando la Esfinge detiene a algunos y los somete a preguntas en medio del camino de la vida se impone la urgencia de comprender algo más acerca de nuestra condición. “Me descifras, o te devoro” son sus palabras, y con sólo evocarla entramos súbitamente, tal vez sin la solemnidad debida, en la hondura de un campo atravesado por los factores del misterio. Con suma fortuna es posible, en tal caso, acompañar siete siglos después a Dante en su “tomba oscura”, esa escuela no convencional que espera a algunos en mitad de la aventura de la vida. Esto es y será posible, como antes, porque el progreso científico y tecnológico no colma la apetencia humana. Tampoco los dioses han muerto, como solemos creer cuando los relegamos a un pasado fósil.

Ya que la poesía es fuente esclarecedora, en tantas ocasiones vecina de la intuición clínica, atendamos a Baudelaire, que en sus célebres *Correspondances* asimiló la Naturaleza a un templo y los árboles a bosques de símbolos entre los que el hombre pasa sin advertirlo, pero donde son los símbolos los que lo ven pasar con la mirada comprensiva que les otorga su secreto parentesco con nuestra especie.

La vida nos conduce a veces por caminos inesperados, fuentes no sólo de eventual aproximación intelectual sino de vivencia; no ya de observación, sino de protagonismo; no de suposición, sino de humilde certeza; no de imposición magistral, sino de experimentación; no ya de fe, sino de conocimiento. Trabajamos a veces por decenios sin saber para qué. Acopiamos libros, papeles, esfuerzos y experiencias porque tal fue el mandato recibido por imperio riguroso, espontáneo y desconocido. Como hormigas hemos acopiado libros y documentos en valijas siempre demasiado pesadas, sin poder evitar el peso aun mayor de una obligación incomprensible.

A este género de convicciones no nos condujeron teorías, maestros o lecturas sino los arcanos del destino individual, necesariamente disfrazados de pasajero infortunio, como tiene que ser. Los entrego a la sensibilidad de ustedes, señores, a fin de contribuir desde una faceta particular a la reflexión instalada por esta Academia desde 1938 en el campo de las ciencias morales y políticas.

* * *

Existen nociones y experiencias indemostrables o de difícil cuantificación. Emociones, euforias, miedos, morbos, fobias, angustias, acompañan al hombre. La convicción del ateo o la del místico le alcanza sin embargo valores ocasionalmente absolutos. También las nociones supersticiosas -en el valioso significado etimológico y cultural de la palabra- son valores permanentes de la cultura. El misterio reside en unos y otros de esos factores con la vigencia de arcanos e incluso las religiones formales asumen expresamente el misterio como un componente fundamental.

El misterio preside, en efecto, el fenómeno del bien como el del mal, caras del drama vital que podríamos ilustrar con las célebres máscaras del teatro, escenario de origen sacro: el llanto y la risa. Reside en el sacrificio, la ofrenda y la oración como en la virtud de las acciones litúrgicas y su eventual omisión; penetra en el mecanismo de las obligaciones y prohibiciones rituales, bendiciones y exorcismos y sostiene la eficacia de las acciones mágicas, bien estudiadas en su gabinete por Marcel Mauss a principios del siglo XX y medio siglo más tarde en los trabajos de campo de Roger Bastide. El misterio preside, también, mal que le pese, el mundo de creencias del agnóstico.

“Me descifras, o te devoro”, dice la Esfinge al borde del camino, y su terrible mensaje debe ser comprendido. Descifrar el secreto coincide con el cumplimiento de una constelación de circunstancias vinculadas con el destino individual.

Se comprenderá cuánto hay para aprender en esta disciplina de la pluma del académico doctor Víctor Massuh, luminosa en todas las cuestiones de filosofía de la religión. Se justificará también el interés emergente del solo título de una obra en cuatro volúmenes que el doctor Fernando Pagés Larraya, a partir

de su trabajo de campo y reflexión sobre los arcanos de la demencia en los grupos étnicos tituló *Lo irracional en la cultura*. En idéntico sentido, el erudito Francisco García Bazán indagó en lo que denominó con el título de uno de sus libros: *Aspectos inusuales de lo sagrado*, obra que tiene la capacidad de fundar una comprensión cabal y profunda de la fenomenología religiosa, en la senda luminosa de van der Leeuw.

Todo un libro dedicó hace sesenta años Emile Borel a la problemática del azar y sus posibles leyes, al azar y el juego (tema de Huizinga y de Graciela Scheines, prologada por Massuh), y a las leyes de la probabilidad y el azar. En una breve línea de ese libro nos enseña M. Borel, simplemente, que “*azar* no es sino el nombre dado a nuestra ignorancia”. Sería, tal vez, el caso de recordar la esencial antinomia entre casualidad y causalidad.

No tomemos pues por azar, por vulgar signo o vana alegoría lo que a veces se nos presenta oscuro pero acaso constituya un trascendente símbolo. Tampoco veamos en el misterio sólo aquello que ignoramos. Descifrarlo es la exigencia perentoria de la Esfinge, equivalente al “Conócete a ti mismo”, aquel enunciado que presidía los trabajos de las academias griegas, algunas de ellas verdaderos templos iniciáticos y auténticas escuelas de misterios. Los dioses no mueren: parte de su poder se muestra cuando adaptan su mundo absoluto a lo contingente del nuestro.

Deberíamos aceptar que la disyuntiva entre perecer o descifrar no es una anécdota en el camino individual, sino su clave. El individuo descifra lo suyo -lo que es, lo que debe hacer- en el plazo debido o perece. No es un modo de decir. Esta noción hondamente religiosa, enraizada en el misterio y explicativa de las obligaciones personales, se encuentra a nuestro alcance para que el individuo no perezca y pueda cumplir su destino particular. El camino es sinuoso, atravesado por sendas alternativas -como aquellas de la perplejidad de Edipo, que quiso sin fortuna evadir el oráculo- y poblado de peligros, de modo que perecer es siempre una fuerte posibilidad.

Nada nos dice de esto la enseñanza convencional, que es abierta y explícita. El rito, en cambio, no se refiere al misterio, sino que lo constituye. De ahí la importancia de todo templo, de todo sacramento, de toda ofrenda y especialmente de todo bautizo,

vinculado con la trascendencia del nombrar y de bendecir a los seres y a las cosas.

Habitamos un mundo que enfrentó a educación pública versus transmisión ritual y secreta, a información versus conocimiento, a acumulación versus selección, a modernidad versus tradición; un mundo opuesto a aquel otro en el que la enseñanza fue por definición ancestral, secreta e iniciática (transmitida de boca de maestro a oído de aprendiz).

Tras una vida dedicada al estudio de las religiones orientales el rumano Mircea Eliade advirtió que “la filosofía occidental corre el peligro de tornarse aldeana: primero, por aislarse celosamente en su propia tradición e ignorar, por ejemplo, los problemas y las soluciones del pensamiento oriental. Luego, por obstinarse en no reconocer más que las situaciones del hombre de las civilizaciones históricas, sin consideración por la experiencia del hombre primitivo, dependiente de las sociedades tradicionales. Estimamos -añadió- que la antropología filosófica tendría algo que aprender de la valoración que el hombre presocrático (dicho de otro modo, el hombre tradicional) dio a su situación en el Universo. Aun más: que los problemas cardinales de la metafísica podrían experimentar una renovación gracias al conocimiento de la ontología arcaica”.

Sobre estos temas entrañables es posible avanzar a la vez desde “delante de los anteojos” (al modo de la fenomenología) y también desde “detrás” de ellos, o sea en las bibliotecas. La apetencia por algo más que el testimonio ya atesorado en el papel y en medios electrónicos revela, diría, la humana nostalgia por un mundo en el que la naturaleza y el hombre convivieron íntimamente.

Por invitación del académico doctor Osvaldo Loudet, de tan grata memoria también en otras Corporaciones y particularmente en ésta, que atesora sus libros y ha dado su nombre a la Biblioteca, diserté hace treinta años sobre temas parecidos a éstos en el recordado Instituto Popular de Conferencias. Permanezco fiel a esta perspectiva que adquirí con esfuerzo y felicidad en la vida al caminar (seguramente sin anteojos) y donde el apoyo bibliográfico funcionó como precioso complemento o añadidura de lo vivido, comprendido, asumido. Esta ruta o destino individual, que había empezado en la infancia por las ciencias

naturales, desembocó imprevistamente en la antropología, lo que advertí *a posteriori* al comprobar que a partir de mis observaciones sentía como propias las perspectivas de esa disciplina madre, es decir que fui como M. Jourdain, aquel personaje de Molière que en *Le bourgeois gentilhomme* se sorprendió al saber, por su maestro de filosofía, que desde niño hablaba en prosa sin saberlo.

Lo visible y lo oculto

El mundo occidental ha tendido a renegar del secreto para abrazar la causa de la ciencia, la técnica y el más crudo comercio. Las liturgias cristianas son públicas, en nuestra ciudad el velo del templo sólo se corre para la Consagración en el rito armenio y en la vida social tampoco encontramos ya siquiera ritos profanos tan moderados como el de pasar a cierta edad del pantalón corto al pantalón largo. Las mujeres ya no se cubren la cabeza para entrar en nuestros templos ni se cubren a veces nada en las playas. Las ropas casi no distinguen a varones y mujeres, y parte del clero tiende a la simbiosis con la feligresía, lo que conspira contra su sacralidad. Lo sagrado fue definido con acierto “lo separado”, “lo distinto”.

Sin embargo, el conocimiento fue gradual y parcialmente secreto incluso en la Iglesia, como cuando al catecúmeno se le prohibía participar de determinados momentos del culto y cuando el acceso a los beneficios de la Eucaristía empezaba después de la edad infantil.

En sus estudios comparados sobre los panteones respectivos Georges Dumézil estableció parentescos de interés entre los dioses de los indoeuropeos, y ya se sabe que un sincretismo revelador instaló a la Isis egipcia entre los dioses romanos.

Cuando la ortodoxia prevaleció sobre los ritos la consigna tendió a destruir a los dioses del enemigo y a construir las iglesias nuevas sobre los templos de los vencidos, como ocurrió en la propia Roma y a lo largo de la conquista de América. Pero cuando el pragmatismo mágicorreligioso pudo más que la ortodoxia, los ejércitos vencedores incorporaron cuidadosamente, con reverencia ritual, los dioses de los vencidos a sus propios panteones, en una constante reveladora.

La deuda urbana

La instancia inicial de esta posible vertiente gnoseológica nos advierte que la vida urbana, cuando no es matizada en nuestras grandes ciudades por viajes que mediante la confrontación cultural estimulen el espíritu, nos mediatiza perversamente de la naturaleza. La educación “envasada”, como la he denominado en otra ocasión, resultado de un sinnúmero de factores y ajena a las enseñanzas de la propia Naturaleza, será así distorsionante y, peor aun, posible y probable mecanismo para las manipulaciones ideológicas.

La vida sólo urbana ha abierto una brecha acaso insalvable en esta materia y ha contribuido a acentuar la dicotomía entre las esencias de la cultura y los añadidos de la civilización. Los niños podrán viajar a la Luna sin haber conocido vacas ni gallinas y, así como el medio ambiente se ha deteriorado hasta extremos inconcebibles, también han desaparecido irrecuperables espacios de naturaleza virgen, morada de fuerzas vitales, incluidos los principios activos de las plantas medicinales.

No es casual que estas transgresiones hayan ocurrido en una era que endiosó la cuantificación y relegó los usos sagrados. Excepción admirable en la ciudad indiferente y transgresiva, la función restauradora de los ritos religiosos sobrevive en los templos, en las procesiones, en cada vela o sahumerio y en toda ocasión y lugar en que unos y otros cultos restablecen un tiempo y un espacio ideales por divinos. Verdaderas fuentes de vida, esas liturgias son instancias que neutralizan el reinado de la oscuridad y que, mediante sus fórmulas, conceden a desolados rincones de las ciudades la virtualidad primigenia del bosque sagrado. En esos paréntesis de religación con el mundo superior el hombre regresa a Dios y éste puede así, en el mejor de los casos, aproximarle su soplo.